

- blicado como *Proyecto Antonio Nariño. Calidad informativa y cubrimiento del conflicto: estándares de calidad periodística en el cubrimiento del conflicto armado en Colombia*, Bogotá, Gente Nueva, 2004, 90 págs. Alfredo Molano, "Prensa libre", textos para un debate, en *Contravía*, núm. 9, Bogotá, 2002.
2. Washington Post, New York Times, Boston Globe, San Francisco Chronicle, The Economist, Newsweek, U.S. News and World Report, Gannet News Service y CNN. Son cuatro diarios, cuatro revistas y una de las grandes cadenas televisuales de información.
 3. A propósito del reportaje "Al otro lado de la guerra", en *Cromos* de Plinio Apuleyo Mendoza. "¿Periodismo libre o cómplice?", en *Lecturas Fin de Semana*, El Tiempo, 15 de enero de 2005, págs. 2ª y 3ª. César Mauricio Velásquez, Mario Morales y Boris Salazar, "Prensa y conflicto: réplicas a Plinio Mendoza", en *Lecturas Fin de Semana*, El Tiempo, 29 de enero de 2005, págs. 8ª y 9ª.

Libro bien construido que falla en los diálogos

Después del silencio. La historia de Helmuth Hermann. Del frente ruso al Amazonas

Marta Patricia Goyeneche Guevara
Intermedio Editores, Bogotá, 2003,
379 págs.

La literatura, en especial la narrativa, halla su razón de ser en la condición humana en un 99% de los casos. Desde cierto punto de vista, es la menos abstracta y la más antropocéntrica de las artes. La música tiene al sonido puro, la pintura a la luz y los colores de la naturaleza, la escultura a la textura y la forma, por lo que incluso si algún imaginario dictador universal prohibiera el uso de lo humano como tema en la creación artística, es posible que ellas sobrevivieran. Pero si los escritores no pudiéramos hablar de las vidas, ficticias o reales, de hombres y mujeres, ¿qué sería de la literatura?

Esa dependencia tan total del tema de lo humano, ¿no llevará a agotarlo algún día? Si juzgamos por

las evidencias, teniendo en cuenta que desde hace más de cinco milenios el ser humano escribe sobre sí mismo y todavía hoy decenas de miles de personas crean nuevas historias cada año, no parece algo de lo cual haya que preocuparse. ¿Cómo es posible que no hayamos agotado la fuente todavía? Una posible respuesta es que los escritores cuentan con el siguiente hecho como aliado: aunque el tema de lo humano sea sólo uno entre los que habitan este cosmos poblado de estrellas, los individuos de nuestra especie son múltiples y cada uno tiene una historia propia. Desde la cuna de nuestra prehistoria han pasado por este planeta más de veinte mil millones de seres humanos y cada uno podía contar algo de su propia vida, o de su forma de ver el mundo, que desconocieran los otros y que pudiera despertar alguna clase de interés entre determinados oyentes.



Ahora, ciertamente, hay individuos que tienen historias tan llamativas que sobresalen de la media, y ello hace que su interés apele a un público más amplio. Lo curioso es que estas historias excepcionales no sólo provienen de las grandes "figuras históricas" con su pléyade de biógrafos, sino que a veces se desarrollan en el más completo anonimato. De hecho, muchas de ellas quedan sin perpetuarse en el papel, pues sus protagonistas no tienen la suerte de tropezar con un escritor hambriento de historias. El libro que nos ocupa, *Después del silencio*, es un caso de excepción. El relato de la vida de

Helmuth Hermann estuvo a punto de perderse en el desierto donde moran los fantasmas de las historias no contadas, pero fue rescatado por una escritora dispuesta a escuchar.

Para darle al lector una idea del atractivo de la obra, habría que empezar por su final... Al igual que lo hace Marta Patricia Goyeneche Guevara, la autora, en el prólogo. Allí narra cómo en 1995 ella fue a Barrancominas, un pueblo entre los departamentos de Guainía y Vichada, al sur del río Guaviare. Viajó allá para visitar a su hermana, representante del Estado en un pueblo en el que convivían en ese entonces narcotraficantes y guerrilleros, pero donde, por esas paradojas de las que está llena Colombia, la comunidad se había organizado para tener servicios de salud y educación gratuitos al mejor estilo de los Estados del bienestar europeos. Una tarde, mientras conversaba con su hermana, se fijó en un individuo alto de pelo rubio y canoso, delgado y de ojos azules, y le preguntó a ella quién era, a lo cual contestó: "Un soldado alemán de la segunda guerra mundial que vive aquí desde hace muchos años". Aunque Goyeneche Guevara primero sintió rabia al recordar las imágenes del Holocausto, ayudada por la curiosidad de su instinto periodístico se sobrepuso y se acercó al hombre. "Desde el comienzo de nuestra conversación hubo afinidad, sentí que estaba frente a una persona buena, que reflejaba en la cara años de sufrimiento y una enorme paciencia para afrontar el paso del tiempo" (pág. 15). Dado esto, le propuso ayudarlo a contar "oficialmente" su historia. Después de un tiempo de duda, Hermann aceptó, por lo cual ella se instaló durante un mes en el pueblo, armada de grabadora, casetes, libreta de apuntes y lápiz.

Este libro es el resultado de ese encuentro fortuito, gracias al cual tenemos la oportunidad de conocer la sorprendente vida de un hombre polifacético, cuya historia, de no ser por el "instinto periodístico" de la autora, se habría perdido en el tiempo... Como una más de las millones

de historias humanas que desaparecen sin dejar huellas de tinta en el papel.



El libro está dividido en cuatro grandes capítulos. El primero se titula "La guerra" y su objeto, obviamente, es narrar la participación de Hermann en la segunda guerra mundial. En cierta manera, todos los libros son marcados por su primer capítulo, pero en este caso en particular el primer párrafo, que narra el reclutamiento de Hermann mientras cursaba el tercer año de agronomía en la Universidad de Leipzig, es la condición de posibilidad para la existencia de las más de 350 páginas que siguen. Como dice Hermann: "Desde ese momento mi vida cambió para siempre" (pág. 18). A partir de allí, el joven hijo de una familia campesina húngara de ascendencia germana será entrenado por la maquinaria militar más mortífera de su tiempo. Luego será enviado como tripulante de un tanque a invadir Rusia, como parte de la Operación Barbarrosa. Y en las estepas rusas conocerá a fondo el horror de la guerra como parte de un ejército que, al final, será literalmente aplastado.

La primera reflexión que puede provocar este capítulo es acerca de la brutalidad que trae la guerra y de la cual nadie puede escapar (al menos nadie que esté en un puesto de combate). A lo largo de las páginas de este libro resulta claro que Hermann es cualquier cosa menos un asesino nato; sin embargo, en esta primera parte encontramos narraciones que pueden resultar

estremecedoras por la llaneza con que ejemplifican la crueldad del conflicto:

Esa brutalidad trajo consigo más brutalidad, porque cada acción busca su reacción. Por eso el final de la segunda guerra mundial fue muy violento. Un día de 1943 nos encontramos con los rusos, frente a frente, en un valle. En el centro había una especie de manantial con aguas cristalinas, y como teníamos sed, hicimos una especie de tregua: bajamos a buscar agua y los rusos también. Yo llevé unas veinte cantimploras para los amigos, y cuando me estaba acercando al manantial, empezó la pelea. Casi no puedo volver, sentía las balas por todos lados, mi única salida era brincar de cráter en cráter, porque donde cae un proyectil ya no cae otro. Así me pude salvar y regresé, pero también busqué venganza, y cuando un ruso se acercó y se agachó para tomar agua, lo maté. [pág. 58]

Sin embargo, la mayor importancia de esta parte del libro la hallamos en un hecho tan antiguo como la guerra y que el tiempo transformó en refrán: "La historia la escriben los vencedores". Todos hemos oído de los horrores de la Alemania nazi: los campos de exterminio, el maltrato a las poblaciones de los países ocupados, las ejecuciones masivas de prisioneros de guerra rusos y polacos, etc. Pero poco hemos oído de los horrores que hicieron aquellos a quienes hemos llegado a considerar como "los buenos" de la segunda guerra mundial: norteamericanos, rusos, franceses y británicos. ¿Cuántos de nosotros estamos enterados que en Dresde, una ciudad cultural alemana sin importancia militar real, murieron alrededor de 200.000 civiles en dos días de continuo bombardeo británico-norteamericano, cuando la guerra ya estaba prácticamente terminada? ¿Cuántos sabemos que de los 300.000 soldados alemanes que se rindieron a los soviéticos en Stalingrado, menos de 10.000 sobrevivieron a los "campos de prisioneros" y regresaron a casa?

Este libro brinda al lector la oportunidad de escuchar la versión de uno de "los perdedores", alrededor de un evento de proporciones globales. Una oportunidad difícil de hallar, especialmente porque las bajas alemanas fueron tan altas que no quedaron muchos testigos (de los 260 soldados que componían el escuadrón de Hermann en 1941, sólo siete sobrevivieron a la guerra). Y la versión de la historia de Hermann le permite a uno adentrarse en verdades poco conocidas, como el hecho de que para la *Wehrmacht* (el ejército regular alemán), las acciones de "limpieza" racial y política de la Quinta Columna eran un factor desmoralizador ("unos sádicos malvados que nos embarraron a todos, pues el soldado alemán común combatía valerosamente sin hacer cochinas" [pág. 30]); el poco respeto que los oficiales le tenían a Hitler, por inmiscuirse en asuntos militares con consecuencias catastróficas; el brutal tratamiento de los norteamericanos a los prisioneros de guerra alemanes (Hermann, con una altura de 1,84 m, llegó a pesar 42 kg en el campo de prisioneros de Altheim, donde la mitad de los reclusos murieron de hambre); así como muchos otros datos incómodos para la historia monolítica de los vencedores.



En el segundo capítulo, "Mis notas sobre el conflicto", Hermann hace un resumen de su visión de la guerra y de la Alemania anterior y posterior a la catástrofe. El análisis del ex soldado resulta llamativo en varios aspectos, especialmente en

aquello que podríamos llamar “imparcialidad”. Así, para sólo dar un ejemplo, en relación con Hitler, aunque lo culpa de la derrota militar de Alemania y le recrimina duramente su obsesión con lo racial, le otorga el haber sacado a Alemania del pozo en que la hundió el tratado de Versalles tras la primera guerra mundial, con lo cual de paso reconoce que el nacionalsocialismo, como sistema político, tuvo varios aspectos positivos para el pueblo alemán... Una afirmación que pocos se atreverían a hacer en nuestros días. Así, después de cincuenta años de películas hollywoodenses como *Salvando al soldado Ryan*, *El gran escape* o *La batalla de Inglaterra*, puede resultar sorprendente para muchos de nosotros escuchar la siguiente declaración:

He de confesar que ningún enemigo fue tan odiado para mí como el norteamericano, por eso nunca creí en sus buenas intenciones. [...] La matanza de niños inocentes con juguetes explosivos durante los crudos años de la guerra, los tratos inhumanos a los prisioneros luego de la derrota, la decisión de no apoyar la liberación de Hungría y el robo de tecnología alemana, fueron situaciones que me separaron siempre de los norteamericanos. [pág. 95]

En el tercer capítulo, “Haidy y otros amores”, hay también sorpresas. Es una parte del libro signada por el ambiente de la posguerra, en un continente europeo lleno de cicatrices, donde los hombres jóvenes eran escasos, pues muchos habían muerto durante la guerra, en particular en Alemania y Austria. Sin embargo, es un capítulo que, paradójicamente, despidió lo que podríamos llamar un “aroma a optimismo”. Luego de su liberación, Hermann, quien no había visto a su esposa durante varios años, se involucra en amores con varias mujeres, como si se quisiera desquitar del largo tiempo de soledad. La descripción de sus relaciones con ellas ocupa buena parte de las páginas del capítulo, pero otras

tantas páginas son ocupadas por las anécdotas de los oficios —no todos legales— que el excombatiente tuvo que desempeñar para sobrevivir en esa Europa en ruinas. En su “hoja de vida” se encuentra una decena al menos de profesiones disímiles, entre las que cabe destacar las de obrero, mayordomo, minero, campesino, proxeneta y contrabandista.



El último capítulo narra las experiencias de Hermann en Colombia. Decide emigrar luego de reencontrarse con su esposa; el hijo de ambos permanecerá en Hungría con su abuela, tras la Cortina de Hierro, y nunca volverán a verlo (aquí, sin embargo, adoptarán a un niño abandonado). Hoy, cuando la mayoría de la población colombiana vive en ciudades, este capítulo recuerda al lector una Colombia bastante desconocida, pues la Colombia del recuerdo de Hermann es rural hasta lo selvático. No es algo extraño, pues este inmigrante buscó sobrevivir del producto de la cacería y la pesca, y es obvio que considera esa época como una de las más felices de su vida, al menos hasta el momento en que sufrió una tragedia familiar. Como dicha tragedia fue propiciada en parte por cierta ingenuidad comercial, algo que no deja de sorprender en un hombre que ha vivido tantas experiencias, es otra prueba de que hasta el final del libro continuamos descubriendo nuevas facetas en Hermann.

Después del silencio es, en fin, un libro llamativo y bien construido. Quizá la única falencia grave es la

falta de vivacidad de los diálogos insertos en la narración, que resultan forzados y pesadamente moralistas si se les compara con la mayoría del texto, narrado en una dinámica primera persona. Aun así, el libro de Patricia Goyeneche sobre la vida de Helmuth Hermann tiene tal interés y amenidad que sin duda complacerá a muchos lectores.

Si algo ha hecho la literatura es recordarnos que cada ser humano es distinto, que cada vida de hombre y de mujer, si se le enfoca con una mirada literaria, tiene algo interesante que decir. En *Después del silencio* sabemos desde el prólogo que el texto es el resultado de un encuentro fortuito, pero no acabamos de descubrir sorpresas hasta el final de las páginas, por lo cual uno no puede evitar preguntarse cuántos seres humanos han vivido existencias tan fascinantes como la de Helmuth Hermann, pero no encontraron quién las contara, así que el huracán del tiempo las arrastró al olvido. No es raro, entonces, que al final del libro el lector sienta una sensación extraña... Melancolía por aquellas historias que nunca serán contadas, por esas vidas de las que nada aprenderemos, por esas letras que nunca leeremos.

ANDRÉS
GARCÍA LONDOÑO

Buenas plumas

El periodismo en Antioquia

Juan José Hoyos (selección y prólogo)
Biblioteca Pública Piloto, Concejo de Medellín, Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, 2003, 502 págs.

Algunos tenemos la costumbre de andar hurgando en la prensa, escarbando y gozando con las crónicas, los artículos varios, los vaivenes políticos, las recetas de moda, la publicidad, los consejos, en fin. La prensa